

los paravas no podía ser mas deplorable. Javier estudió su idioma con intento de sustraerse al auxilio de los trujamanes, que por lo regular frustran los efectos que pudiera producir la palabra, despojándola de su energía. Después que supo verter al idioma de los malabares las oraciones de la Iglesia, tomó en su mano una campanilla y recorrió las treinta aldeas de que se compone la costa, reuniendo en pos de sí á los niños, á quienes enseñaba la doctrina cristiana, amoldándose á su débil inteligencia, y haciéndose pequeño para elevarlos hácia Dios y engrandecerlos en la fe católica. Concluida esta primera tarea, les encargaba repitiesen en presencia de sus padres, vecinos y criados lo que acababa de explicarles; y los domingos predicaba á la multitud que se reunía en la capilla. Veíasela piadosamente recogida escuchando la explicación que hacía el Jesuita de la oración dominical, del símbolo de los Apóstoles, del decálogo y salutación angélica. Amoldábalos á las sencillas virtudes de que sus tiernos corazones necesitaban para ser venturosos, dirigiéndose con mas particular cuidado á la juventud. Empezó á levantar iglesias en los parajes mas habitados; cuyo cuidado les confiaba, enseñándoles á decorar los altares, á seguirle en sus expediciones y á demostrar por todas partes la diferencia que existía entre el Dios de los cristianos y los ídolos de las pagodas.

No se habia limitado la misión del Jesuita únicamente á la salud de las almas: la confianza que inspiraba á los indios era tan grande, que acudían á él en las enfermedades del cuerpo, como lo verificaban en las del alma. Era su caridad tan múltiple, por decirlo así, que no bastando las horas del día para responder á las necesidades de todos, cercenaba las de su sueño, y en la imposibilidad de satisfacer á sus penosas tareas, encargaba á sus neófitos el desempeño de una gran parte.

Estos aceptaban gustosos su cometido; mas para comunicar á su misión un cierto carácter providencial, llevaban consigo el rosario, el Crucifijo ó el relicario de Javier; y guarecidos con ellos se lanzaban impávidos en medio de los gentiles, á quienes evangelizaban, curaban y bautizaban, recibiendo doquier la recompensa de su ardiente celo.

Empero tan rápidos progresos y tan raros prodigios como habia obrado durante su mansión en la costa, no pudieron menos de suscitar á Javier terribles y poderosos adversarios. Existía en las

Indias una raza bendita y temible, cuyos individuos, investidos con el carácter de sacerdotes, pretendían sacar su origen de los mismos ídolos á quienes sacrificaban. Su religión, que conservaba algunas prácticas informes del cristianismo, se componía de tres dioses representados por una pagoda que tenía tres cabezas en un solo cuerpo. Estos tres dioses eran Mayso, Visnou y Brama, engendrados por una sustancia que se da el ser á sí misma y á quien los indios llaman Parabrama.

A la manera que el Saturno de la mitología, Parabrama señaló á sus tres hijos el imperio que iban á ejercer. Mayso fue el legatario del cielo; á Visnou le tocó el juzgar á los hombres, y Brama obtuvo la presidencia de su religión; siendo este último de quien creen descender los bracmanes.

Se entregan á todas las penitencias; eligen por mansión las cavernas á las hendiduras de las rocas; se exponen enteramente desnudos al rigor de las estaciones, y no deben comer jamás cosa alguna que haya tenido vida; pero en el fondo de sus austeras truhanerías, se dejaba ver en ellos un apego insaciable á los placeres de la carne, y una avidez que no eran suficientes á satisfacer las mayores ofrendas; pero la multitud, aunque sabedora de tantos excesos, esperaba llegar á la perfección asociándose á ellos.

Su doctrina estaba en proporción con la corrupción de sus costumbres. Vivían persuadidos, aunque se ignora el fundamento de su convicción, de que las vacas procedían de la divinidad, y de que serían venturosos los que se rociasen con excremento de bueyes quemado por los bracmanes. Cuando un indio fallecía teniendo en su mano la cola del animal divinizado, salía el alma pura del cuerpo, volviendo á entrar en el de una vaca: favor que los dioses únicamente otorgaban á los que se lanzaban de lo alto de las montañas, á los que morían en la hoguera, y á los que por respeto á su dios se dejaban aplastar bajo las ruedas del carro que sirve de trono á los ídolos.

Para hacer triunfar la religión de Jesucristo entre los indios, que se prestaban con una piadosa docilidad á la instrucción del misionero, era preciso empezar por convertir á los bracmanes, que siendo los sacerdotes del culto establecido, estaban por consiguiente interesados en conservarle. La elocuencia de Javier encalló muchas veces contra aquellas naturalezas inertes, que solo salían de su apatía para realizar el crimen ó para entregarse á la vo-

luptuosidad. Hablóles el Jesuita, obligándoles á admirarle, y á confesar que el Dios de los cristianos era el verdadero, puesto que su ley contenia y explicaba los principios de luz natural innatos en todos los hombres; pero sustituian el egoismo á la creencia, cuando el misionero les empeñaba á confesar á Jesucristo por Dios.

«¿Qué dirian las gentes de nosotros, decian, si nos vieses cambiar de religion? ¿Qué será de nuestras familias, á quienes aliamos únicamente con las ofrendas que se hacen en los templos?»

Este razonamiento era el único que podian hacer valer; en él persistieron hasta el fin, resistiéndose á todas las instancias así como á todos los milagros, y obstinándose en conservar su culto, aun después de advertir el abandono general de que habia llegado á ser objeto.

Los bracmanes de la Pesquería habian respetado aquel celo de tan funestos resultados para ellos, aun cuando le habian maldecido en su corazon; pero los de Travancor, en que el Jesuita habia obtenido otra victoria semejante, no consintieron permanecer espectadores tranquilos é indiferentes á la desercion de sus sectarios: la costa aspiraba toda entera á entrar en el gremio del cristianismo; construyéronse cuarenta y cinco iglesias, y el mismo Javier afirma en su correspondencia, haber conferido en un solo dia el sacramento del Bautismo á mas de diez mil idólatras. Urgia por lo tanto contrarestar los triunfos del Misionero: los sacerdotes de Travancor ganaron algunos de sus adictos que le asaltaron por la noche lanzándole una multitud de flechas; corrió la sangre del Mártir, pero el cielo le salvó la vida. Valiéronse después de otros medios: incendiaron las casas en que suponian tomara algunas horas de reposo, pero este artificio no tuvo mejor éxito que las flechas de los indios.

Los bagades, poblacion de ladrones en el reino de Bisnagor, que el año anterior habian asolado la costa de Pesquería, acababan de penetrar en el país de Travancor por una de las montañas que lindan con el cabo de Comorin, conduciendo este ejército el Nayre ó jefe de Maduré, á quien sus anteriores hazañas hacian cada vez mas audaz. El rey de Travancor, apellidado por los portugueses el Gran Monarca, reunió sus tropas para oponerse á la invasion; pero ya se lanzaba contra los bagades un adversario mas terrible. Compadecido Javier de la desgracia de sus neófitos, su-

plica al Señor que no abandone á la rabia de los lobos el rebaño confiado á su proteccion: terminada su oracion reúne en derredor suyo algunos cristianos jóvenes, y con el Crucifijo en la mano, se dirige á la esplanada en que los enemigos estaban colocados en orden de batalla, y con voz atronadora les dice: «¡En nombre de Dios vivo os ordeno que no paseis adelante y que retrocedais sin tardanza á vuestro país!»

Estas palabras difunden el terror en las primeras filas; los soldados permanecen inmóviles; se preguntan unos á otros, y todos responden que tienen enfrente de ellos á un extranjero vestido de negro, de una altura extraordinaria, de un aspecto terrible, y cuyos ojos despiden rayos. Los mas intrépidos salen de las filas; se convencen del prodigio, retroceden y arrastran al ejército en su fuga. Este acontecimiento, que prescindiendo de los hechos milagrosos, puede muy bien explicar la historia por el valeroso sacrificio del Jesuita y por el mismo entusiasmo de su accion oratoria, se extendió bien pronto por las aldeas circunvecinas. El rey de Travancor, que marchaba á la cabeza de sus tropas, al observar que la fuga de sus enemigos le evita el combatir, manifiesta á Javier su reconocimiento: «Yo me llamo, le dice, el Gran Monarca; en adelante vos seréis llamado el Gran Padre.» Este príncipe no consintió renunciar al culto de los dioses que favorecian sus caprichos y que legitimaban todas sus pasiones; pero en cambio promulgó un edicto por el que ordenaba á sus súbditos que obedeciesen al misionero como á él mismo; declarando al mismo tiempo que los dejaba en libertad para seguir la bandera de Cristo.

Los naturales de Travancor no se hicieron sordos á la libertad que el soberano les concedia; mas érale preciso á Javier, para dar pruebas auténticas de su mision, realizar delante de ellos alguno de esos hechos que subyugan y anonadan la humana razon. Hallábase el Jesuita en Coulan, ciudad marítima sobre la costa de Comorin, distribuyendo la palabra de vida: habia entre la multitud muchos indiferentes é incrédulos á quienes se dirigió con mas esmero, como inspirado del Altísimo; no siéndole posible conmover sus corazones por la persuasion, invoca á Dios en su ayuda y les dice: «Ayer habeis sepultado á uno de vuestros compatriotas, sacadle de la tumba y examinadle bien para cercioraros si da alguna señal de vida.» Acceden á su deseo los mas obstinados;

abren el sepulcro; llevan á sus piés el cadáver que ya despedía un olor fétido; agólpanse todos en derredor del Padre é interrogan sus menores movimientos con sus investigadoras miradas: el Jesuita se pone de rodillas; hace una breve oracion, y dirigiéndose al cadáver le dice: «Por el santo nombre de Dios vivo, te mando que te levantes y vivas, en confirmacion de la Religion que anuncio á este pueblo.»

El acta de la canonizacion de Francisco refiere que el muerto se levantó lleno de vigor y salud: ya no restaba lugar á la duda; el pueblo de Coulan se hizo cristiano. La reputacion de Javier se difundió por todas las Indias; y los gentiles, impeñidos por la inspiracion celestial, acudian en tropel á demandarle el Bautismo. De todas partes le llegaban comisionados; pero siéndole imposible atender á todos, enviaba misioneros formados por su espíritu. Los habitantes de Manar se alistaron tambien bajo el estandarte de la Cruz.

El principe de Jafanapatan, de quien eran súbditos los infortunados manarenses, habia usurpado la corona, lanzando fuera del reino á su hermano, que era el monarca legítimo. Apenas llega á su noticia el cambio de religion á que han pasado sus súbditos, intenta obligarles por medio del aparato de los tormentos á renunciar la nueva religion que habia civilizado á los pueblos. Hombres, mujeres y niños se declaran sus mártires: adviértenles que para vivir no tienen mas que abjurarla, y todos responden unánimes: «Somos católicos.» Los niños apenas bautizados no se hallan aun en el caso de poder dar testimonio; pero los padres y madres salen garantes de ellos y los arrastran en pos de su triunfo.

Realizábase entonces en esta tierra virgen lo que Tertuliano decia á los Césares: la sangre de los mártires era allí como en todas partes el semillero de los cristianos. El rey de Jafanapatan prosigue su designio; halla súbditos rebeldes á su ley en su propio palacio y hasta en las mismas gradas de su trono: su hijo primogénito solicita y recibe el Bautismo, y este padre tirano le manda degollar en su presencia: el segundo, su hermano y su sobrino siguen las huellas de aquel hijo cuya muerte se habia hecho preciosa á sus ojos; pero existia todavía una mujer, una madre que triunfó al fin del déspota sanguinario, colocándose entre el cielo y los verdugos del usurpador. Un comerciante portugués se llevó consigo fuera del reino á los dos neófitos reales y los presentó al

Jesuita para que su bendicion los fortificase en el cristianismo, siendo después colocados por su orden en el colegio de Goa bajo la direccion de Pablo Camerino.

El tirano se llenó de rabia al saber estas nuevas, y temiendo que su hermano, que andaba errante por las Indias, tornase después de haber recibido el Bautismo á lanzarle del trono, ayudado de los portugueses, declaró una guerra mas encarnizada que nunca á los nuevos catecúmenos de sus Estados. Francisco, que conocia muy bien la posicion de las cosas y que como Jesuita sabia aprovecharse de una ocasion favorable, no tardó en comprender que en un reino donde morian con tanta generosidad, existian grandes empresas que llevar á cabo. Llama á Mansilla, que se habia quedado en la costa de Pesquería, le encarga de continuar la mision de Travancor, y se dirige á la ciudad de Cambaya, residencia momentánea del virey de las Indias.

Alfonso de Sousa era un hombre cuya piedad se regulaba mas bien por las ideas mundanas que por las de la virtud; poseia las cualidades que hacen un consumado político, pero abrigaba tambien sus defectos. En vez de oponerse con firmeza á los desórdenes que se perpetuaban en Goa por los portugueses, les dejaba tomar incremento, contentándose únicamente con protestar en su interior, y aprovechándose de ellos para extender y asegurar su autoridad.

El 15 de diciembre de 1544 llegó el Padre á Cochin, donde encontró á Miguel Vaz; dióle parte de su plan, y se quejó amargamente de la indiferencia del Virey. Vaz participaba de la misma opinion que Javier, por lo que se resolvió á hacer sabedor al monarca Juan III de los deseos y amarguras del Jesuita, quien por su parte dirigió al Rey una carta en que con todo el celo de su carácter apostólico se expresaba en estos términos:

«Suplico á V. M. en nombre del ardiente deseo que le anima respecto á la gloria de Dios, y por el cuidado que siempre ha tenido de su salvacion eterna, que envíe aquí un ministro vigilante y animoso que nada ansie con mas veras que la conversion de las almas, que obre independientemente, y que no se deje gobernar por todos esos políticos cuyas miras se limitan á la utilidad del Estado. Examine V. M. los tesoros que de las Indias ingresan en las arcas reales, y los gastos que hace en ellas para que progresa la Religion; y después de haber pesado ambas co-

«sas podrá juzgar V. M. si lo que da iguala en algun modo á lo que recibe; en cuyo caso tal vez tendrá lugar á temer, que de los bienes que la divina liberalidad le prodiga, solo otorga V. M. á Dios la mínima parte.»

El Rey accedió á la solicitud del Padre, nombrando gobernador á D. Juan de Castro, á quien dió órdenes expresas de no tolerar en Goa supersticion alguna, así como ni en toda la isla de Salcata; de mandar demoler todas las pagodas, desterrando á los bramanes; de vengar la muerte de los cristianos manarenses, y de proteger en todo y por todo á los que sometiesen los misioneros á la autoridad del Evangelio.

Entre tanto continuó Francisco su ruta hácia Cambaya, en donde tuvo una entrevista con Alfonso de Sousa, interesándole sin dificultad á formar parte de la expedicion que habia proyectado contra el usurpador de Jafanapatan. Iba ya á aparejar la flota, cuando se supo que acababa este tirano de apoderarse de un navío portugués que venia de Pegú cargado de riquezas, y lanzado á sus costas por la violencia de una deshecha borrasca. Conociendo los propietarios del navío que una vez declarada la guerra, no tendrían opcion á reclamar los tesoros que habian pasado á manos del déspota, intrigaron con tal maña con los jefes de la flota, que llegaron á neutralizar la expedicion.

Empero, tan funesta contrariedad no entibió en modo alguno el entusiasmo del Apóstol, que hallando cerradas las puertas del Jafanapatan, se hizo á la vela para Travancor; pero halla otro nuevo obstáculo en los vientos, que se oponen á su rumbo y aun parecen rechazarle de la costa á que se dirige. Habia ya el Jesuita realizado cosas tan extraordinarias en aquellas islas, que persuadido de que Dios le reserva aun para emprender otras mayores, forma el proyecto de propagar las luces en el centro del Oriente.

En el mismo instante cambia de rumbo, y con la idea fija de dar á su apostolado un carácter mas sagrado, si así puede decirse, arrostra nuevos peligros y nuevas tormentas con el objeto de abordar en Meliapor, denominada Santo Tomé por los portugueses. En esta villa es donde vivió el apóstol santo Tomás, y donde sufrió el martirio; bástale al misionero saber que aquella tierra fue regada con la sangre de uno de los primeros mártires de la Iglesia; para ansiar abrazarla y pedir al cielo valor para proseguir la obra de su apostolado junto á la tumba de su antecesor.

Hízolo así en efecto, continuando en Meliapor su género de vida habitual, predicando, orando, convirtiendo, obrando prodigios en todas partes, y pidiendo luces á Dios en la soledad.

El 25 de setiembre de 1545 abordó en Malaca, villa situada del otro lado del golfo de Bengala, no léjos de la isla de Sumatra y cerca de la línea equinoccial. Es tan templado el clima, y el aire tan saludable en esta poblacion, que parece hecha á propósito para rivalizar con la virtud: todo, hasta el idioma, el mas armonioso de Oriente, respira cierta voluptuosidad y molicie, que parecen inoculadas en la masa de la sangre y hasta en sus mismas costumbres. Esperaba Francisco que una vez ya en Malaca, le seria mas fácil franquearse un camino para llegar á Macazar; pero al observar la corrupcion universal que reinaba en esta villa, quiso regenerarla antes de marchar.

Comprendiendo que nada ganaria declamando contra las costumbres de sus habitantes con un celo demasiado austero, y que el mejor medio de proceder con almas tan afeminadas y voluptuosas era persuadirlas con dulzura y sin echarles en cara sus placeres, empezó por asociarse á ellos en las cosas lícitas, ganándose poco á poco su confianza por medio de un humor festivo, y aparentando siempre un rostro sereno. Javier era agraciado; su voz armoniosa; su genio siempre alegre y risueño; la fama de santidad de que gozaba y que él únicamente ignoraba; sus modales, en fin; y su amabilidad, hallaron fácil acceso en el corazon de aquellos seres viciados, y muy luego fue buscado de todos: mas luego que hubo consolidado su ascendiente sobre los habitantes de la poblacion, usó con ellos de menos consideraciones. Empezó por instruir á los niños inculcándoles la obediencia; hizo conocer á las jóvenes los principios del pudor y de la virtud, cuyo nombre era desconocido en aquellos climas; atrajo los hombres al tribunal de la penitencia; corrigió los abusos, é hizo cambiar de aspecto á la ciudad; empleando el tiempo que le dejaban libre sus tareas apostólicas en el estudio del idioma del país, y en transmitir al papel las instrucciones que pensaba legar á los naturales.

Estando en Malaca supo la llegada á la isla de Goa, de Antonio Criminal, Juan Beira y Nicolás Lanciloti, tres nuevos Jesuitas que Ignacio enviaba para que le ayudasen. Importaba, pues, á Francisco, para recompensar el celo de los nuevos operarios,

darles al instante un destino; hizolo así en efecto, designando á Lancilotti para desempeñar el cargo de preceptor de latinidad en el colegio de Santa Fe, y mandando á los otros dos que pasasen á la costa de Pesquería.

Estaba cerrado á su celo el camino de Macazar, puesto que ningun barco se dirigia hácia aquella parte; pero Javier, que ardía en deseos de acrecentar los progresos del catolicismo, no pudo sufrir tanto retardo y se embarcó para Amboyna el 1.º de enero de 1546. El 16 de febrero tocó en esta isla, que solo contenia siete aldeas cristianas, porque el resto de la poblacion eran idólatras. Su primer cuidado al poner el pié en ella, fue el de reanimar la fe en los corazones de aquellos cristianos; y sabiendo que muchas familias se habian refugiado en los bosques para sustraerse á la persecucion de los bárbaros, sus vecinos, se dirigió el Jesuita en busca de aquellos infortunados: recorrió las selvas; sóndeó la profundidad de las rocas; reunió á los infelices desterrados, y no se separó de ellos hasta haberles inculcado los deberes que la Religion y Dios les imponian.

Las flotas de España y de Portugal estaban ancladas en la bahía de Amboyna. Habíase declarado una fiebre pestilencial en los barcos españoles; el terror hacia insensibles á todos los corazones al grito de piedad; los mismos médicos no osaban arrostrar las consecuencias del contagio, dejándole devorar á las víctimas que nadie pensaba disputarle. Tendidos por una y otra parte sobre los puentes de los navíos ó echados sobre la costa, los miserables enfermos no recibian auxilio alguno: en proporcion á los estragos que hacia la fiebre, los isleños se alejaban cada vez mas, sin atender á tanta desesperacion. Javier, que á la sazón se hallaba catequizando en aquellas costas, apenas supo esta noticia, persuadido de que la primera de las obras de caridad es socorrer á los que padecen, se lanzó á favorecerlos. Consagróse enteramente al alivio de los dolientes y al de las almas; asistió á los moribundos, y sepultó él mismo los cadáveres, porque ni aun se presentaban asalariados que quisiesen llenar este deber: mas no se detuvo aquí su humanidad; hay en los navíos enfermos que necesitan alimentos y medicinas, y para proporcionárselos mendiga el Jesuita de puerta en puerta implorando la compasion pública en favor de sus hermanos en la fe, á quienes el dedo de Dios habia herido. Su palabra era tan irresistible é inspiraba tan-

ta piedad en los corazones de los isleños, que llegó por si solo á organizar socorros y hacer mas tolerable la posicion de aquella flota extranjera.

La peste fue cesando poco á poco; los españoles se hicieron á la vela, y volviendo el Jesuita á sus trabajos cotidianos, visitó las cercanías de Amboyna, introduciendo el Evangelio en las islas medio salvajes de Baranura y Rosalao, pasando después á las Molucas.

Son estas unas islitas del Océano oriental, inmediatas al ecuador, siendo las cinco mas importantes Ternate, Tidor, Motir, Macian y Bacian: la de Ternate en que desembarcó, es la primera del lado del Norte. Apenas Francisco puso el pié en ella, cuando hizo entrar en el camino de la virtud á sus habitantes, á quienes la molicie, la disolucion y el afecto al dinero les habia hecho abandonarla hacia ya mucho tiempo. Este cambio extraordinario de costumbres, debido á la palabra de un sacerdote, dispuso favorablemente á los infieles é idólatras. Neachile Pocaraga, hija de Almanzor, rey de Tidor, y mujer de Boleya, rey de Ternate antes de la conquista de los portugueses, era enemiga irreconciliable de los cristianos, que la habian expulsado de su reino. Era esta Princesa muy erudita y versada en la ciencia del Alcorán: el infatigable Apóstol discute con ella sobre la religion cristiana; ilustra sus dudas, resuelve sus objeciones, poco á poco la conduce al Bautismo, y desde este dia olvida Neachile sus sueños de grandeza para hacerse la humilde servidora de los pobres.

Hacia tres meses que el Jesuita predicaba en Ternate, cuando le anunciaron que á distancia de sesenta leguas hácia el Oriente, se encontraban muchas islas, cuyos habitantes habian sido bautizados en otro tiempo, pero que ya habian perdido hasta la memoria de aquel suceso. Son antropófagos, le decian, que en sus festines devoran los hijos á sus padres ancianos; siendo además una comarca estéril en que el clima es malsano, el suelo agitado con frecuentes erupciones volcánicas, y en que la Providencia aun el aire niega á los extranjeros para poder respirar en ellas; instaban por lo tanto á Javier á que renunciase á su proyecto.

Empero, el beneficio de la redencion debia ser revelado por él aun á las naciones mas salvajes, y nada puede detenerle en el cumplimiento de su mision. Consuela á sus amigos alligidos que